

# Una historia de adolescencia

POR DIMITRIOS GIANAREAS

Gabriel jamás olvidará lo que le ocurrió en un baile escolar cuando a punto estaba de cumplir los quince años. Era por aquellos días un adolescente de conducta retraída y de carácter reflexivo, pero por lo demás, era un muchacho bastante normal, y como tal, pasaba en aquel entonces por un conflicto emocional cuyas peculiaridades no alcanzaba a comprender. Había padecido durante varias semanas de síntomas que hubieran merecido en un adulto evaluación psicológica: insomnio, ansiedad, pérdida de interés en las actividades rutinarias y mal desempeño escolar. Sin embargo, su mal, a diferencia de las complicadas angustias de los mayores, podía ser resumido en una frase: estaba enamorado. Una idea obsesiva, que hacía oscilar su espíritu entre el alborozo y el tormento, no podía apartar de su mente. Experimentaba, como es de suponer, los primeros embates del amor juvenil. Ese sentimiento cargado de idealismo y de inocencia que sólo puede emanar del alma adolescente. Libre de malicia y muy alejado de la lujuria y que, quizás, sea el que mejor se ajuste a la definición del amor romántico.

El motivo de sus alegrías, o de sus pesares, era una chica que a su calle se había mudado unos meses antes. Las razones por las que sentimientos tan intensos, y tan sublimes, puedan ser dirigidos hacia una persona con quien nunca se ha sostenido una conversación, y cuyo nombre se desconoce, pertenecen a las interioridades del pensamiento adolescente difíciles de comprender. Y es que la única relación que unía a los dos muchachos eran las miradas que cruzaban cuando Gabriel pasaba frente a la casa de la chica, hecho que se producía esporádicamente, cuando él tenía la suerte de encontrarla en el portal,

durante alguna de las múltiples ocasiones diarias en que con cualquier pretexto se dirigía a la abarrotería del barrio.

Aquella tarde cuando se encaminó al baile escolar lo hizo abrigando una débil esperanza de encontrarla allí, aunque a decir verdad, esa posibilidad no era la única causa de la fastidiosa sudoración en sus axilas y el incómodo latido que sentía en su pecho mientras se aproximaba, junto con sus dos mejores amigos, al gimnasio del colegio, que haría las veces de salón festivo para los escolares. Su ansiedad tenía más que ver con la escasa experiencia —no hemos dicho nula para ser generosos con él— habida en encuentros con el sexo opuesto. Para poner las cosas en el contexto adecuado hay que decir que Gabriel era un muchacho extremadamente tímido con las chicas, y el estudiar en una escuela exclusiva para varones no había contribuido a mejorar sus habilidades de conquista. La actividad a la que asistirían muchachas de otras escuelas, por tanto, era una oportunidad única para ensayar sus precarias armas de seducción.

A eso de las cinco de la tarde llegaron caminando los tres amigos, con un aplomo en sus pasos tan robusto como sus escuálidos torax de catorce años; excedidos sus cabellos de brillantina; y ataviados con sus mejores galas: camisas manga larga recién planchadas, pantalones de fiesta y zapatos perfectamente lustrados. Un bullicioso lugar que albergaba una cantidad de chicas apabullante los recibió. La multitud de adolescentes, y la música de moda que inundaba el lugar, le infundían una atmósfera distinta y alucinante al gimnasio donde regularmente practicaban educación física. Después de pagar los dos dólares en la entrada estuvieron merodeando inseguros durante un rato en torno a la cancha de baloncesto —que vendría a ser la pista de baile—, hasta que la tensión que sentían por verse rodeados de tantas alternativas y no ser capaces de elegir a ninguna, los fue abandonando conforme la noche caía, sumergiéndolos en una protectora atmósfera penumbrosa.

Animados por la energía que les infundía la música, y por el anonimato que les brindaba la tenue iluminación, se dispusieron a iniciar una tímida cacería a la que hubiera bastado para ser considerada como exitosa, conseguir que alguna chica aceptara bailar con ellos al menos una pieza. Así, con esas modestas expectativas, decidieron entrar en acción. Trabajarían como equipo, porque cabe recordar que los adolescentes, sobre todo los introvertidos, como los lobos, suelen efectuar la cacería en grupos. Y no es que utilicen ese método porque crean que así aumenten sus probabilidades de tener éxito, sino porque no saben hacerlo de otro modo, además de que, aunque la operación termine finalmente en fracaso, aún así será divertida. De manera que los tres, como compañeros de pelotón, se dispusieron a examinar meticulosamente el campo de batalla antes de elegir la mejor opción.

Después de permanecer por más de una hora sosteniendo los mismos vasos de coca cola, mientras observaban el territorio y analizaban las distintas alternativas, el entusiasmo, al igual que el hielo en sus vasos, se les había derretido. Decenas de adolescentes dispuestas, y ellos sometidos por sus temores se limitaban a observar cómo eran otros, más audaces, los que atrapaban los mejores peces. Todo parecía indicar que aquella iba a ser una ocasión perdida más. Hasta que al mirar en dirección del extremo opuesto del gimnasio, Gabriel sintió que se estremecía el suelo debajo de sus pies. Allí, a unos cuantos metros de él, estaba el motivo de sus noches de insomnio y de los días que pasaba soñando despierto. Para hacer las cosas mejor, dos chicas la acompañaban. Por tanto, la ocasión estaba servida.

Indecisos permanecieron observándolas durante algún tiempo y luego, en un claro que hizo la muchachada, quedaron las tres gaviotas un tanto separadas del resto de la bandada, pareciendo así un poco menos inaccesibles. Gabriel y sus amigos dieron unos cuantos pasos en su dirección para observarlas más de cerca y elegir el momento de proceder.

Moviendo sus cuerpos ligeramente al ritmo de la música, realmente lucían como preciosos objetos

inalcanzables. Las tres eran probablemente un poco menores que ellos, pero sus rostros maquillados y esos incómodos tacones altos que les conferían unos centímetros adicionales de ventaja, les daban un aire de mujeres que resultaba intimidante. A pesar de sus temores, los primeros acordes de la canción que todos esperaban indicaron que tenían que tomar una decisión. Era en ese momento o nunca. Cuando finalmente los tres amigos se dispusieron a acercárseles, las otras dos aceptaron la propuesta de unos muchachos que se adelantaron, dejándola a ella sola. Gabriel tendría que actuar en solitario. Respiró hondo, encontró en algún resquicio de su espíritu la determinación que necesitaba, apretó los puños y directo hacia ella caminó, mientras sus amigos le deseaban lo mejor. Su suerte estaba echada.

Con pasos decididos a ella se aproximaba, cuando un tropel de muchachos entusiasmados por la música se interpuso en su camino, provocando que la perdiera de vista. Las luces de la discoteca fueron atenuadas justo en ese instante, haciendo bastante difícil distinguir rostros. Después de un par de empujones calculó que debía estar frente a ella y aunque no la pudo reconocer con certeza, le extendió su mano y la invitó a bailar. En ese momento un cambio de luces iluminó el lugar y Gabriel, con horror, se percató del terrible error que acababa de cometer.

Se vio parado frente a un chico de unos doce años invitándolo a bailar. El muchacho lo miró con ojos de miedo y asustado se echó a correr. Gabriel confundido y conmocionado dirigió la vista hacia donde estaban sus amigos. Si habían observado lo ocurrido, pensó, el incidente sería la comidilla entre sus compañeros el lunes. Y, en efecto, para hacer las cosas peor, por el modo en que se partían de la risa, era evidente que lo habían visto todo. Resuelto a enmendar su error, optó por lanzarse detrás del chico para explicarle lo ocurrido. A veces por tratar de arreglar las cosas, en lugar de hacerlo, las empeoramos. Gabriel terminó persiguiendo por el gimnasio a un chico de doce años. Ahora sí que esta historia iba a ser legendaria en la escuela.